

Familia e igualdad escolar de oportunidades

José Taberner

Universidad de Córdoba.

Miembro del Instituto E. Mounier.

Desde que la Sociología de la Educación se viene ocupando de la familia en relación con la escuela, la llamada «teoría de la reproducción», en su versión más simplista, está recibiendo importantes matizaciones y complementos.

Básicamente es cierta la existencia de una enorme desigualdad de oportunidades en la escuela, asociada a la posición económica y profesional de la familia. Las estadísticas revelan una asociación descarnada entre las referidas posiciones familiares, incluyendo el capital cultural, y los títulos adquiridos por los hijos, particularmente en los extremos alto y bajo de la pirámide (Bourdieu, 1977; Collins, 1989). Pero hay otros factores de la vida familiar, no económicos o profesionales aunque asociados a ellos, que merecen tenerse en cuenta. Entre ellos están el factor psicosocial y los relativos a estructura y dinámica familiar.

El factor psicosocial

La gran paradoja de la teoría de la reproducción es que, a veces, su bienintencionado mensaje no produce efectos de rebeldía social, sino desmotivación para los estudios en los interesados de clase baja y estímulo para los de posición desahogada.

Las expectativas creadas en los alumnos por padres y maestros constituye un importante factor psicosocial de rendimiento en la escuela que resulta decisivo en muchos casos. Por ejemplo contribuye a que los hijos de clases medias profesionales superen a los de vieja clase media patrimonial en acceso a la Universidad.

Fue Weber quien enfatizó que las convicciones y expectativas de los actores explican principalísimamente la acción social resultante. Con lo cual el transmitir siquiera inconscientemente a los hijos de trabajadores el convencimiento, muy arraigado en sus padres y profesores, de que no llegarán muy lejos, se constituye en un decisivo factor de reproducción.

Si al mismo tiempo que se les desanima, se proclama en discursos oficiales la equidad meritocrática de la escuela obligatoria y gratuita, la aceptación ideológica de su destino se les impone con la escuela como coartada.

Se presta un buen servicio a los estudiantes de familias con bajo status, si se les exige y espera de ellos todo lo que sus aptitudes personales dan de sí; de ese modo se consigue que la clase, el género o la etnia no pesen en su ánimo como un «*fatum*», sin que por ello haya de mediar desclasamiento o renuncia a los ideales de emancipación social.

Estructura y dinámica familiar

La crisis de la familia tradicional ha dado pie a diversificar el tipo de situaciones familiares. En EE. UU. se calcula que sólo el 25% de familias responden al modelo dominante hace años (Castells, 1994: 33), y ya hay estudios que discriminan las diferencias de rendimiento según el tipo y trayectoria de la familia de pertenencia.

Las estadísticas señalan a la familia bien avenida, estable y biparental, de padres originarios, como la más favorable para que los estudiantes se concentren en su trabajo y en un proyecto serio de futuro (Karnack y Galston, 1993); en igualdad de condiciones ésta ejerce mejor su función educativa y socializadora en general. Las variables de conflictividad prolongada, abandono afectivo, ausencia de padre/madre están en relación directa con un mayor promedio de desequilibrio psíquico, bajo rendimiento académico, criminalidad o drogodependencia.

Junto a este factor de integración para la personalidad del estudiante hay otros, que influyen en su maduración, también en declive; tal es el caso de la vida vecinal activa con asociaciones intergeneracionales o tuteladas por adultos (culturales, deportivas, religiosas...). La pérdida de contacto co-

munitario con mayores es suplido en falso por la televisión, o bien por la panda de iguales. Todo ello genera anomía juvenil y disminución de personalidades de dirección interna (Riesman); éstas últimas son las más aptas para responsabilizarse de un futuro universitario que exige un esfuerzo continuo, tal como revelan enfoques etnográficos de la educación.

El drama de la sobreposición

El peor de los casos se constituye cuando todas las desventajas familiares hasta aquí referidas se sobreponen: posición económica, status laboral, incultura, falta de expectativas, desocialización, conflictividad, monoparentalismo...

El hundimiento de la escuela pública en los espacios sociales donde se produce tal sobreposición es evidente. En barrios donde anida el paro, la marginación étnica, la anomía y la práctica inexistencia de una familia que ejerza sus funciones, florecen la subescolaridad, la delincuencia juvenil y la drogadicción. Es el caso de Harlem, el Bronx... o El Vacío de Sevilla, El Cerro en Córdoba...

El testimonio de la Sra Robertus, representante de una asociación de vecinos de la Calle 114 (Harlem), muestra un caso extremo de monoparentalismo: «Tenemos 454 familias en esta zona, 600 niños, y no creo que haya más de 10 ó 15 hombres responsables» (Glenn, 1993: 575).

El monoparentalismo familiar, con padre irresponsable volatilizado, desliza a las familias pobres hacia la miseria. Mientras las élites, protagonistas de los escándalos sentimentales en los *mass media*, pueden mantener holgadamente dos hogares, y las mujeres solteras o separadas de clase media profesional cuentan con ingresos propios suficientes para sus hijos, las madres negras de Harlem encuentran a lo sumo trabajos mal pagados con horarios imposibles: sus hijos son modelados por la calle y la televisión. Esto alumbra el continuado fracaso de los programas de apoyo escolar con ellos, o el hecho de que ¡el 25%! de la población negra de Nueva York haya pasado por la cárcel.

A la vista de todo esto, se puede concluir que el afecto y cuidado de la pareja entre sí y a los hijos, y la motivación escolar justa son factores familiares de primer orden. En eso la familia es irremplazable por otros agentes; la cada vez más frecuente ausencia de padre/madre sólo puede suplirse, en todo caso, con mayor tiempo de adecuada dedicación por parte del otro progenitor o persona afectivamente próxima (responsabilidad personal).

Ahora bien, en adición a esto, es más básico para un niño marginal proporcionar a su madre y/o padre vivienda y trabajo fijo, con horario adecuado para atenderle, que recargarlo con didácticas especiales. Es decir, que las condiciones genéricas de vida pa-

ra las familias (oferta y renta de trabajo, reparto de la riqueza, vivienda, infraestructura municipal, dotación escolar, política educativa, actividades culturales...) siguen siendo una cuestión social. Las carencias y desigualdades en ese campo, que se imbrica con el anterior, son una responsabilidad colectiva, un motivo de lucha para quienes deseamos una mayor equidad escolar. **A**

Bibliografía

- Boudon, R. (1983), *La desigualdad de oportunidades*, Barcelona, Laia.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1977), *La Reproducción*, Barcelona, Laia.
- Castells, M. (1994), «Flujos, redes e identidades: una crítica de la sociedad informacional», en AA.VV., *Nuevas Perspectivas críticas en Educación*, Barcelona, Paidós.
- Collins, R. (1989), *La Sociedad Creadora, Sociología histórica de la educación y la estratificación*. Madrid, Akal.
- Glenn, Ch. L. (1993), «Schooling and the Family Crisis», *Revista Española de Pedagogía*, año LI, nº 196, Madrid.
- Kamark, E. C. y Galston, W. A. (1993), «A Progressive Family Policy for the 1990s», en Marshall, W. y Schram, M., *Mandate for Change*, Nueva York, Berkeley Books.
- Riesman, D. et al., *La muchedumbre solitaria*, Barcelona, Paidós.